

¿Qué significa actuar políticamente?*

Diego Tatián

El pensamiento que recurre a la filosofía para reflexionar acerca de un objeto cualquiera, por lo general, busca una comprensión que carece de efectos inmediatos, que no soluciona nada (o por lo menos no lo hace con la contundencia con que un matemático es capaz de resolver sus problemas), por lo que suele decirse que la filosofía es inútil. Y en efecto, desde ese punto de vista lo es. “No sirve para nada”, se dice, con lo que se está diciendo que no da de comer, es impotente frente al poder de la fuerza, no evita las guerras, no soluciona problemas, no necesariamente vuelve feliz a los que la cultivan, y ni siquiera produce conocimientos. En cambio, hace algunas cosas que no sabemos muy bien para qué sirven o si sirven para algo: trata de pensar el mundo, de comprender lo que hacemos, también de inventar ideas y conceptos que permitan concebir lo inconcebible hasta ese momento, y busca para eso plantear las preguntas correctas para pensar, comprender y concebir cosas nuevas.

Una de esas preguntas es la que se propone ahora, a saber: ¿qué es la acción política? En principio, una pregunta simple. No hace falta ninguna instrucción filosófica para poder responderla. Más aún, todo el mundo es capaz de hacerlo. Cualquiera puede dar una respuesta, más o menos espontáneamente, a nuestro interrogante. Si indagáramos un poco, encontraríamos que una de estas respuestas espontáneas es que “política es lo que hacen los políticos”, como si se tratara de una esfera profesional a la que se accede, como a cualquier otra profesión, en virtud de un saber y de un mérito. Un ejemplo exacerbado de esta creencia

* Fragmento de una charla en la sede de H.I.J.O.S-Córdoba, en el marco del seminario sobre “La práctica docente como desafío social”, organizado por el grupo de estudiantes A.I.E.L de la Facultad de Lenguas.

es lo que decía el “Mono” Gatica: “yo nunca me metí en política, siempre fui peronista”.

Pero es en contra de esta creencia común que vamos a tratar de pensar ahora, con ayuda de la filosofía -la filosofía, y es otra de sus particularidades, opera desmantelando creencias, rompiendo sistemas de evidencia, trastocando las representaciones corrientes-; vamos a buscar aprehender la política como una dimensión humana, que no siempre está en acto, es decir que no va de suyo ni existe siempre, diría incluso que es bastante rara (por lo menos en la acepción que pretendo darle), pero que puede ser hecha por *cualquiera*. Y que, cuando está ausente, la vida en común se empobrece, salvo la de los poderosos, los que siempre ganan a expensas de la miseria y la impotencia y la credulidad de los otros. La política, quiero decir, es una de las maneras a través de las cuales la vida humana accede a la lucidez de sí misma.

El concepto de “*acción política*” ha sido objeto de una reflexión filosófica muy importante y muy antigua, que remonta al menos hasta Aristóteles. La palabra que usaban los griegos era “*praxis*”, y la distinguían de otro tipo de actividad humana que designaban con el concepto de “*poiesis*”. Ambas forman la “*vida activa*” de los seres humanos, que se diferencia a su vez de la “*vida filosófica*” -o “contemplativa”, o simplemente “*theoria*”.

La *praxis* -cuya virtud más importante es la “prudencia”- designa el conjunto de los actos que normalmente se inscriben o bien en la ética o bien en la política; la *poiesis* designa en cambio la actividad que tiene que ver con el trabajo manual. Por eso para los griegos la *praxis* (que es un tipo de razonamiento -práctico, sólo probabilístico- que busca dar cuenta de la contingencia inherente a la libertad humana) tiene una dignidad mayor y superior que la *poiesis*, pero una dignidad menor que la *theoria* (propriamente, la ciencia, en cuanto tal capaz de verdad y no sólo de probabilidad puesto que sus objetos -los fenómenos de la naturaleza- son necesarios).

Comenzar una reflexión por la historia de las palabras, por una elucidación de los vocablos griegos que han llegado hasta nosotros pero con un uso que ha alterado su significado original -y a veces hasta lo ha invertido-

do-, es un estilo de pensamiento muy propio de los filósofos que no es necesario adoptar. A menos que aclaren y contribuyan a una comprensión del objeto del que se trata.

En este caso, podríamos también comenzar de otro modo. Diciendo, tentativamente, que *un acto político es todo lo que produce un efecto en el mundo*, en los otros y en mí mismo, un efecto transformador o conservador.

Ahora, hay muchos actos que tienen efectos colectivos sin tener sin embargo importancia política. La palabra del conductor de un programa de juegos, que divierte o puede divertir a un conjunto de televidentes, no necesariamente es una alocución de carácter político. El arquitecto que construye una plaza o un supermercado, incide con su acto en una multiplicidad de personas pero no necesariamente es político.

Por tanto, a la demarcación anterior, que es demasiado amplia, deberíamos agregarle esta otra: *político es todo acto que produce un efecto en el mundo orientado a la emancipación colectiva de las personas*; política es *la posibilidad de no ser esclavos* (del amo, del patrón, del capitalista, del militar, del burócrata, del mercado...). O también -positivamente dicho-, política es *la construcción colectiva de la libertad*, es la institución de la *libertad pública*.

Por tanto, la política es lo que tiene que ver con la libertad y la dominación -y por añadidura con el poder.

Hay, desde luego, formas de liberación y ejercicios de libertad que son individuales -que no concierne a otros-; formas de resistencia también, frente a los poderes fácticos o las situaciones imperantes. Pero a mi modo de ver, *para que haya política tiene que haber otros*, una pasión común, la pasión de *hacer con otros* -y no tanto *por otros*-; tiene que haber, según entiendo, un deseo de "comunidad" (a esta palabra le doy en este caso un sentido minimalista, *muy* minimalista), es decir una apertura al mundo de las composiciones -y, lógicamente, también los enfrentamientos- que implica siempre la inevitable pluralidad humana.

Política entonces es un deseo de afectar a otros y una disposición de dejarse afectar por ellos. Es un *interés* en el mundo (no en sentido físico sino fenomenológico), un "cuidado del mundo" (Hannah Arendt) -"cuida-

do” no necesariamente en sentido conservador; la voluntad revolucionaria puede ser una de las formas del “cuidado del mundo”-; un “interés” por acontecimientos, personas y cosas que no conciernen a mis “intereses privados”.

Entonces, de lo que hemos dicho hasta ahora podemos retener dos elementos decisivos a la hora de determinar qué es un acto político: *deseo de libertad* (o, de manera reversible, reacción contra toda forma de esclavitud); *interés e intervención en lo público*, orientados a transformar estados de situación independientemente de todo beneficio privado.

André Malraux decía así que “la política es lo que reemplaza al destino”. Yo estoy de acuerdo. Política es esa dimensión en virtud de la cual los hombres y las mujeres podemos modificar, a través de ciertos actos, las situaciones a las que parecíamos destinados –las situaciones que muchos tienen interés en presentar como inexorables y como inmodificables.

Claro, posiblemente, en efecto, haya cosas que lo sean. Pero -y esto es lo interesante del involucramiento político- nunca podemos estar del todo seguros de que es así. No se trata de un voluntarismo. La voluntad es sin duda una condición de posibilidad para la acción política, pero esa voluntad será ciega -meramente voluntarista- si no es acompañada por una lucidez y una honestidad y un reconocimiento de lo real, de las fuerzas reales que se hallan en conflicto en un momento dado.

Por eso, para responder a la vieja pregunta -leninista, pero antes kantiana- acerca de ¿qué hacer?, es necesario una consideración y una inteligencia de lo real. Para hablar con los griegos, una prudencia. Todo ello acompañado por la conciencia de que la esfera política está signada por una radical imprevisibilidad, pues se trata de un mundo –el de los asuntos humanos- que no responde a leyes ineluctables (por eso no puede ser objeto de ciencia, en sentido estricto) sino que se halla atravesado por una contingencia esencial. En una palabra, los seres humanos no meramente se comportan (entendiendo por comportamiento una reacción o una respuesta necesaria si se produce un estímulo dado), sino que actúan, es decir no se sabe, nadie sabe, qué son capaces de hacer y qué harán efectivamente. Puesto que esto es así es que hay, existe, la política. De otro modo habría sólo administración de recursos, o bien división mecánica del trabajo

como sucede en un hormiguero. Las hormigas -al menos hasta donde sabemos- son criaturas sociales pero no políticas (es decir, no pueden hacer otra cosa más que lo que hacen).

La acción política tiene dos principales características -según, otra vez, Hannah Arendt-: es imprevisible y es irreversible. En un caso, es así porque la acción deriva de la libertad humana, en el otro porque se inscribe en la temporalidad. Si he cometido una injusticia, no es posible ya no haberla cometido, ni deshacerla. Por eso no sé muy bien qué significa "hacer justicia" respecto, por ejemplo de lo actuado durante la dictadura militar. Quiero decir que, a mi modo de ver, no es posible "hacer justicia" sólo es posible el castigo, que trae aparejado otros problemas. (Castigar nunca hace justicia pero podríamos pensar, de manera negativa, que al menos impide caer en una indignidad y en una injusticia aún mayores).

Puesto que las acciones políticas son imprevisibles e irreversibles, es que los seres humanos -señala siempre Arendt- hemos inventado dos artificios sin los que, probablemente, la vida con otros estaría signada por una inestabilidad que la volvería insoportable, o directamente no sería posible. Se trata de la *promesa* (recurso mediante el cual se busca mitigar, al menos parcialmente, la imprevisibilidad de nuestros actos) y el *perdón* (mediante el que la acción, no obstante su carácter irreversible, resulta cancelada por la libertad de un simple acto de habla). La promesa y el perdón son dos figuras muy importantes de la política, que atañen a la acción y a la libertad.

El concepto de política que estoy procurando introducir es un concepto más o menos anárquico, que desalienta las capacidades humanas de transformación de la existencia en algún sentido, que recupera la potencia de incidir y de actuar y el deseo de hacer cosas con los otros. Si esa capacidad, esa potencia y este deseo no se dan, sólo nos queda el nombre de democracia pero no la realidad de la democracia, que no es otra cosa que el cotidiano ejercicio de la potencia política por parte de todos. O dicho de otro modo: la institución ininterrumpida de la Ciudad.

Ahora bien, lo hasta aquí dicho permite sustraer a la política de las formas asignadas y de su confinamiento en el Estado y en los partidos políticos que aspiran a ocupar el poder del Estado; permite pensarla de otro

modo, por fuera del Estado y sin la obsesión de su conquista, liberándola de los lugares previstos para su ejercicio, volviéndola imprevisible, anárquica, ubicua, efectiva y al alcance de cualquiera -es decir, *democrática*. Para hacer política no hace falta nada ni pedirle permiso a nadie. No hace falta ser votado, ni votar, ni haber estudiado, ni saber hablar bien. Hace falta solamente producir "acontecimientos" que rompan con la repetición de las formas de injusticia y sometimiento, sean estas globales o mínimas; acontecimientos orientados por el deseo de construir otros escenarios de mayor igualdad y de mayor libertad -y que en cuanto tal son siempre emancipaciones. Es decir, no tanto, o no sólo, una lógica unívoca de liberación o dependencia; antes bien emancipaciones, en plural. En Córdoba, en la Universidad, en la Facultad de Lenguas, en la Facultad de Filosofía, en la prisión, en una villa de emergencia, en un sindicato o donde fuere. Emancipaciones que no necesariamente convergen ni son totalizables y que encuentran, siempre, dificultades y obstáculos muy poderosos. Pero aducir la imposibilidad del ejercicio político con el argumento del inmenso poder del Poder es no tener en cuenta que es precisamente debido a -y contra- la existencia de ese poder fácticamente dado, que la política nace -cuando nace- y se produce -cuando lo hace.

El acto político hace un agujero en lo real que, gracias a la imaginación, sabemos que no es universal ni necesario; la realidad es sólo el producto de un choque de fuerzas muy complejo, el resultado de una guerra, o de muchas guerras. La imaginación muestra su carácter eventual y permite tomar la suficiente distancia de lo dado para poder concebir, pensar y actuar.

Es preciso abandonar, a mi modo de ver, la idea de que la historia y las sociedades van hacia alguna parte, pues no van a ningún lado. No hay una marcha de la humanidad hacia la emancipación inexorable. Lo que hay, es un mundo lleno de gente con potencia de acontecimientos, sin ninguna garantía de que esos mismos acontecimientos prosperen; más aún, me atrevería a decir que casi nunca lo hacen. Por eso dice Badiou que el mayor enemigo de la política es el cansancio. Otro es el resentimiento; es decir, la impotencia para inventar algo propio y afirmativo, algo que no se agote en una extenuante negación del estado de cosas -que, por lo gene-

ral, se alimenta de esa negación. Salir del resentimiento porque es estéril y porque, en cuanto mecanismo que culpabiliza a otros por lo que sucede es, también, equivocado. Una política afirmativa abandona la lamentación y la queja, que son la manifestación social y psicológica del resentimiento. Y, sobre todo, deja de considerar como víctimas a quienes se encuentren en una situación desfavorable o adversa. No hay víctimas; hay hombres y mujeres que, estén donde estén y sean quienes sean, tienen *siempre* la posibilidad de transformar sus vidas y de emanciparlas, de no aceptar la situación en la que se hallan como si se tratara de un destino.

No considerar a las personas como víctimas no quiere decir que no exista la injusticia; quiere decir que la representación o la autorrepresentación de alguien como una víctima es lo propio de la injusticia, es la victoria de la injusticia. Al sistema –para emplear una antigua expresión hoy bastante en desuso– le interesa que las personas se consideren a sí mismas como víctimas en lugar de constituirse como sujetos políticos capaces de muchísimas cosas. Y esto por razones obvias. Una víctima no es nunca peligrosa ni genera transformaciones ni abre nuevos espacios ni inventa nada, sólo emite resignación, lamentaciones improductivas y apiadamiento de sí.

Pero aunque sea cierto que el volumen de derrota² sea mayor que el de la emancipación lograda, y aunque sea cierto también que la imaginación y las acciones que se involucran con la libertad sean frágiles, o más frágiles que la contundencia del interés privado y la brutalidad de los poderes establecidos, esto no cuenta, porque la política no es ni será nunca cuestión de estadística, ni se define por un cálculo de probabilidades.

Bajo una situación que ha sido designada como de “administración total” y de “control total”, la potencia (véase que se distingue aquí entre

¹ Cfr. *La política que viene* de Raúl Cerdeiras, Fundación Centro Psicoanalítico Argentino, Buenos Aires, 2002.

² El vocablo “derrota” proviene del francés *deroute*: deriva, abandono de la ruta, camino que se va abriendo; también: “rumbo”. Por eso, “derrotero” es el libro en el que constan los rumbos, el mapa de los itinerarios y de las “derrotas” (en lenguaje naval se habla de una “derrota marina” como sinónimo de rumbo). Acaso esta etimología permite pensar que todo fracaso encierra siempre una posibilidad.

potencia y poder)³, la potencia de lo político se multiplica cuando produce acontecimientos que no pueden ser *representados* -en la doble acepción del término. El poder del Estado -o cualquier otro que sea- opera representando, identificando y codificando. No sólo expide a tales efectos un "documento de identidad" a todo lo que nace; exige en toda instancia la identificación y la representación. Siempre que aparece algo pregunta ¿qué es esto? ¿bajo qué nombre cae? ¿quiénes son los representantes -los responsables? Generalmente el poder se acompaña por un entendimiento muy elemental: para ejercerse necesita siempre identificar y designar.

Entre otras cosas por esto, tal vez, la eficacia de una acción política colectiva supone el abandono de cualquier aspiración de identidad (y no ignoro que estamos en una casa en la que esta palabra es muy importante)⁴. Quiero decir que la singularidad a lograr acaso no se confunde con una identidad sino -para emplear una eficaz expresión de Roberto Espósito- con una "pluralidad irrepresentable".

³ Según este juego de lenguaje, la potencia es siempre instituyente -se designa con un participio activo-; el poder en tanto está siempre instituido y se designa con un participio pasivo.

⁴ La sigla H.I.J.O.S significa Hijos por la Identidad, la Justicia, contra el Silencio y el Olvido.